



Cabeza reducida. Práctica realizada por el pueblo Shuar de la región amazónica del Ecuador, que consistía en decapitar al perdedor en una lucha por el territorio u otro conflicto, y proceder a la reducción de la cabeza mediante un método complejo. Esta cabeza simboliza el triunfo de una disputa y corresponde a un individuo masculino, archivo Muya

El comienzo de la aventura en el bloque 15

En esa época, finales de los noventa, eran pocas las posibilidades que tenía de salir de casa. No conocía más de tres lugares diferentes de mi barrio, Las Violetas.

Recuerdo casi a la perfección algunos detalles de ese día en el que conocí el Museo. La profesora Amalia nos había anunciado que en tres días visitaríamos el Museo de la Universidad de Antioquia, un lugar para aprender sobre nuestros antepasados. Eso dijo, y no puedo olvidar su sonrisa, sus historias, su

pasión por la historia y, me enteraría muchos años después, por las flores y los gatos.

El bus atravesó la ciudad como en un sueño. Vi edificios, gente corriendo, el río inmenso, carros y motos veloces. Yo era un caballero invisible: me imaginaba que subía a la punta de un edificio de cuatro pisos en solo tres pasos, y desde allí aparecía junto a mi madre, para defenderla de mi padre, o junto a mi abuela, por si perdía el control bajando las escalas o caminando por las aceras del barrio. Era el protector de la familia, incluso podía llegar

hasta donde mi tía Irene, que no conocía y vivía lejos, y de la que escuchaba que no podía levantarse de su cama; llegaba, la tomaba en mis brazos y le mostraba el mundo. Todavía recuerdo con aprecio esos pensamientos e imaginaciones, y veo con cariño a ese niño que fui.

La Universidad era un mundo inmenso que no cupo en mi cabeza de niño. Bloques gigantes, pasillos que se cruzaban con jardines y otros pasillos, plazas amplias, con jóvenes y libros y más libros. Atravesamos la Universidad y llegamos al bloque 15, donde estaba y todavía funciona el Museo. Si pienso en ese instante, pienso en el comienzo de la aventura.

La Sala de Antropología Graciliano Arcila Vélez me asombró tanto, que durante meses quise volver. Jugué a tener un museo; a imaginar tribus; a que era parte de un grupo prehispanico y ayudaba con la elaboración de piezas para enterrar a un hombre o regalar a una mujer importante y hermosa. ¿Qué me asombró? La belleza de los objetos, que parecía que albergaran un mar de tiempo donde nadaban historias silenciosas.

Pero, aun más, dos cosas que eran el atractivo de aquel espacio y que para un niño eran fascinantes: tengo vivas las imágenes de dos cabezas pequeñas como de muñecas sin dueña, sin cuerpo, con la boca cosida y la piel terrosa. No recuerdo las palabras del guía, pero algo se

dijo de un grupo indígena, de venganzas, del alma atrapada por los labios cosidos y de collares con cabezas como símbolos de victorias. No parecían mirar a nadie ni a ningún lado; parecían pensar en su pasado, en su futuro y en su presente sin remedio. Días o meses después imaginé la posibilidad de que alguien me cortara la cabeza y la redujera, y en cómo me las arreglaría para que mi alma escapara antes de ser encerrada por la fuerza del hilo. También conservo las imágenes de una momia sentada, con sus rodillas muy cerca del cráneo, como si se escondiera de alguien. Allí estuve mirándola varios minutos, sin entender cómo llegó hasta allí.

Pasaron varios años para que del interés de un niño pasara a fijarme en las verdades que daba el estudio de los vestigios dejados por el hombre. No estudié Antropología, aún me arrepiento, pero los caminos de la vida me llevaron por otras rutas, hasta dejarme en una ciudad europea y con un trabajo que nunca imaginé.

Regresé hace algunos meses a recordar lo vivido de niño en el Museo, pero la sala llevaba cerrada algunos años para remodelarla; no pude ver nada y no pierdo la esperanza de verla de nuevo y muy pronto.

Ignacio José Páez, abogado, residente en España, escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

La Sala Permanente de Antropología Graciliano Arcila Vélez se cerró al público en el año 2003.

Lleva el nombre del creador del Museo de Antropología, abierto en 1943, que luego pasó a ser una colección. Actualmente se encuentra en proceso de actualización.

